

BOLIVIA

ALCIDES ARGUEDAS

Los necios son los únicos que se enfadan con el hombre franco que indicándoles sus defectos para que se corrijan y sean mejores, y siendo mejores sean más felices, demuestran quererlos más que el adulón que aplaude sus vicios y monstruosidades para aprovecharse de su bolsillo, de su poder ó de su influencia. Los pueblos son como los hombres, y generalmente los espíritus rectos que han gritado los males de su patria, han pagado con la cárcel, con el destierro y hasta con la vida, su franqueza. Alcides Arguedas es de estos espíritus, pero su país ha demostrado estar por encima de otros que se dicen progresistas, cuando después de publicar su tronado libro «Pueblo enfermo», ha sabido agradecer su grito de alerta.

Yo le he conocido aquí ocupando un digno puesto en la Legación de Bolivia y su verbosidad comunicativa, su optimismo contagioso y su noble franqueza, me entusiasmaron.

«Pueblo enfermo», escrito en plural el título y ampliando el escenario de la crítica, bien pudiera aplicarse á todas las repúblicas sudamericanas. Por el «Índice de materias», que creo conveniente transcribir íntegro porque él es un verdadero compendio, comprenderéis el valor de esta obra y la valentía de su joven autor.

Influjo del medio físico sobre el desarrollo material del país.—I. Las tres regiones en que puede dividirse el territorio de la República.—Región interandina. Sus rasgos característicos. La puna. Fauna y flora de la puna. Región amazónica. Su variedad y su riqueza. Región del Plata.—II. Falta de vías de comunicación. Distancia enorme que separa las capitales entre sí. Efectos que produce la falta de caminos. Ferrocarriles. Su deficiencia. La poca significación de Bolivia entre los países productores. Cuadro de estadística comparativo.

El problema étnico en Bolivia.—I. División étnica oficial y su deficiencia.—Cómo se considera la calidad étnica de los individuos. En qué sentido tomamos el concepto de raza. Censos y computos estadísticos.—II. La raza negra y su poca significación.—III. Raza indígena. Descripción del medio en que vive y se desarrolla. Influxo de ese medio sobre las costumbres, caracteres, arte, etc., etc. La vida ruda del indio. Sus ocupaciones. Sus creencias. Quienes los explotan. Una cita oportuna. El alcohol, refugio del indio. Estadística criminal. Tristeza del indio. Cómo se va extinguiendo su raza.—IV. Raza mestiza. Carácter del «cholo». Ausencia de grandes pasiones. Esterilidad de su espíritu. Sus inclinaciones rebañescas.—V. La raza blanca. Particularidades de su carácter.

Psicología regional.—I. Diferencias existentes entre las diversas regiones. Son producto del medio físico y del predominio de sangre indígena. Esta es de dos tintes: la aymará y la quechúa. Los dos pueblos representativos.—II. Carácter paceño: sus particularidades. Predominio de la sangre colla.—III. Carácter cochabambino. Influxo del suelo y del cielo. Predominio de la imaginación.—IV. Carácter de las demás regiones.—V. El espíritu dominante en todas esas poblaciones. La vida urbana y todas sus estrecheces. La intolerabilidad. Curiosas manifestaciones del espíritu tartarinesco. El concepto de patria es deformación del de ciudad.

El carácter nacional.—I. Carácter nacional y sus particularidades. Odio regional y sus causas. Odios de campanarios. Odios de casta.—II. Empleomanía: sus efectos. No hay ricos en Bolivia. Pereza. Decadencia de las industrias.—III. Ausencia del sentimiento moral. Envidia. Tristeza.

Una de las enfermedades nacionales.—I. La megalomanía. Sus efectos en la vida política.—II. El Parlamento y su composición. La simulación del sufragio. Una elección simbólica. La comedia legislativa. Psicología del diputado. La megalomanía en el Poder Ejecutivo. Pruebas.—III. Los distritos universitarios. Cómo son nuestras universidades. El peligro abogadil. Consecuencias funestas de la abundancia de universidades. Lo que se entiende por cultura en Bolivia.—IV. Simulación colectiva en lo concerniente á la institucionalidad.

La prensa, factor de decadencia colectiva.—I. Composición de la prensa y sus deficiencias. Particularidades de la prensa. Importancia que da á las noticias locales y sus efectos. Cómo se hace la crítica literaria. Su concepto de la patria. Su sumisión á los caudillos y

gobernantes.—II. La prensa de pequeñas poblaciones. Sus perniciosos efectos. Su sola preocupación es la política.—III. Hay que desconfiar de la prensa. Crea la «injusticia social», factor de decadencia colectiva. Cómo se explica el problema de la popularidad en Bolivia. Acción nula de los hombres de verdadero valer moral é intelectual. Remedios.

Causas de decadencia física.—I. Matrimonios prematuros. Estado cultural de la mujer. El hogar, primera causa de su incultura. Inclinación de la mujer al lujo. Deplorables consecuencias. Simulación colectiva de un bienestar que es de simple apariencia. Fanatismo religioso de las mujeres. Su concepto de la moral. Ambiciones de la mujer. La frivolidad. Su concepto de castas. Su poca preparación para el desempeño de su rol social. Deficiencia educativa de los hombres. No existe la coeducación de sexos. Efectos de los matrimonios prematuros en la raza. Propensión al celibato. Una *enquête* periodística. Estadística de natalidad.—Bolivia es uno de los países en que se bebe más alcohol. Causas porque la «cantina» se ha impuesto al «salón». El crédito, aliciente de la «cantina». El «jovial bebedor» de Vois, pudiera adaptarse en el país como símbolo del ideal colectivo. Opinión de Grandidiere. La pasión del alcohol en provincias. Estadística del alcohol vendido. 789,893 habitantes, 1.500,000 litros de alcohol. Estadística de ebrios recogidos en La Paz.—III. Falta de higiene. El boliviano no sabe bañarse. Opinión de M. Barbier. Estadística de defunciones.—IV. Tampoco sabe comer bien. Deficiencia de artículos de primera necesidad y su fabuloso precio. Cuáles pueden ser las fatales consecuencias de semejante manera de ser. Cuadro estadístico determinante de nuestro fracaso productivo y económico. La desmembración territorial.

De la sangre en nuestra historia.—I. Predicción de Bolívar. Nuestra obra en ochenta años de vida libre. Gobiernos de Blanco, Santa Cruz, Velazco, Belsú, Linares, Melgarejo, etc. Número de revueltas en 73 años.—II. Diferencia entre revueltas y revoluciones. Causas de la vida agitada del país: la vanidad y el interés. Por qué combaten los grupos llamados «partidos». Todo el movimiento político del país gira alrededor de conveniencias económicas. Bolivia aún está en pleno período caciquista. La sumisión á los caciques, una de las características de la raza. Perniciosos efectos del predominio de hombres inescrupulosos.—III. Cómo se efectúa la lucha entre los grupos que se dicen partidos. En verdad, á qué se reduce esa lucha. Inmoralidad política.

Causas de la esterilidad intelectual.—I. Por qué no

existe la literatura nacional. El ambiente inhospitalario al arte. Lo que se entiende por arte.—II. Por incompreensión artística se ha destruído Tiahuanacu. Hostilidad colectiva hacia el que produce. En qué consiste la debilidad de los artistas en general. La literatura como medio de alcanzar una situación política.—III. Bolivia no juega, intelectualmente, ningún rol entre los países de la América latina. Efectos de la imitación en poesía. Mediocridad de los políticos. Les falta ideal.

La terapéutica nacional.—I. Resumen. Por qué se deben disculpar nuestros males. Dónde y cómo hay que buscar los remedios. Hay que conformarse con las fatalidades étnicas. Necesidad de educar al indio.—II. Explorar nuestra misma sugestionabilidad en obras de provecho colectivo. La escuela y el taller, primeros elementos de reorganización.—III. La falta de solidaridad y sus efectos. Hay que favorecer una seleccionada inmigración como medio de cambiar nuestra psicología.—IV. Remedio á los males de la política. Peligros de la intervención del Ejecutivo.—V. Breve programa de regeneración. Programa de Costa aplicable al país. ¡A trabajar!

¿Acaso no es éste un programa que con muy pocas modificaciones podría desarrollarse en todos los países latinoamericanos? En otra forma, más agresivo pero tan franco y valeroso, el señor Manuel G. Prada, un peruano, nos muestra las llagas de su país también. ¿Es que en la Argentina, en Chile, en Méjico, en Uruguay, etcétera, etc., estaremos en el mejor de los mundos? Yo sé bien que no; yo sé que en todo el continente sudamericano, los mismos males nos roen, nos achican, nos hacen mezquinos... Bien sabido es que la megalomanía no es enfermedad local de Bolivia, ella se extiende desde el estrecho de Magallanes hasta las fronteras de Méjico; que la corrupción política es la gangrena que nos impide andar; que el servilismo de la prensa—mejor ó peor disfrazado—existe en las veinte repúblicas; que la degradación femenina es proverbial; que la empleomanía es endémica; la pereza, virtud... y así. ¿Qué indica contra la existencia de cuatro ó cinco grandes ciudades cultas y progresistas—no en todos los órdenes,—si el resto inmenso de nuestra América está pidiendo á gritos una mesa de operaciones ó una cama de hospital?

Hombres de la talla moral é intelectual de Arguedas hacen falta muchos en América (1).

(1) Tiene en prensa «Vida Criolla» (La novela de la ciudad) y me ha leído varios capítulos de *Wata Waica*, (la novela del campo). N. del A.

CHILE

BALDOMERO LILLO

Entre los jóvenes escritores chilenos, es, sin duda alguna, Baldomero Lillo, uno de los que marchan en primera fila.

A juzgar por la prensa chilena en general, las modernas concepciones filosóficas no llegan hasta allí con la pureza de origen, pues veo en toda la producción intelectual de nuestros hermanos trasandinos, algo de cobardía en las exposiciones y un temblequeo de inseguridad en la argumentación. Lo viejo, lo que aquí sirve de pretexto para reir con toda irreverencia, allí merece un religioso respeto todavía. Los gestos valientes han sido pocos, los irreverentes y los rebeldes han tenido que replegarse en retirada hacia el silencio. Por eso Baldomero Lillo se hace más simpático.

Sub-sole es su última obra; fué editada en Santiago de Chile por la Imprenta Universitaria. Es lo único que he leído de él, pero como *para muestra basta un botón*, para juzgar á un hombre, y más á un escritor, es suficiente un libro.

Sub-sole, segunda parte de *Sub-terra*, es un manojito de cuentos sinceros que hablan muy alto en pro de su talento; *Sub-sole* es un libro humano, sencillo á veces, trágico y cruel otras; instantáneas crudas de la vida que su autor ha tenido el buen tino de no enmascarar con doraduras y terciopelos que, aunque proclaman la riqueza del artista, deslucen las tonalidades de verismo que son necesarias para producir el efecto deseado. El estilo, que se mantiene propio en toda la obra, libre de las influencias de la literatura de moda: ni oroplesco ni desnudo. Entre los cuentos, los que se destacan por su brillante colorido y la robustez de pensamiento figuran: *El rapto del Sol*, *En la rueda*, *La barrena*, *Qui-lapán* y algún otro. En *El rapto del Sol*, Baldomero Lillo ha encerrado bajo la fantasía de una fábula, una

gran aspiración social por la que se lucha desde siglos; es un cuento simbólico muy ingeniosamente escrito: Un rey que se ha apoderado de la tierra toda, que todo obedece á su capricho y que, envidioso del Sol, pide auxilio á los genios protectores de su casa para apoderarse de él. Con una malla tejida con las fibras de los corazones más envidiosos, más egoístas, más fanáticos, más torpes y más llenos de hiel, consigue aprisionar al astro de la vida. Las consecuencias son desastrosas; las ciudades y los campos han sido incendiados; los hombres, después de disputarse brutalmente un sitio al calor de las hogueras, se han dado la mano para calentarse mutuamente y han formado una cadena viviente que rodea al planeta; un solo eslabón falta para cerrar el anillo, y ese eslabón lo viene á formar el orgulloso monarca, cuando, sintiéndose morir en su alcázar sombrío, baja en busca de calor; de esta enorme cadena de hombres unidos por una misma y única aspiración, nace un foco, y *aquel foco ardiente era el sol, pero un sol nuevo, sin manchas, de incomparable magnificencia que, forjado y encendido por la comunión de las almas, saludaba con la áurea pompa de sus resplandores á una nueva humanidad.* Tal el primer cuento del libro de Lillo.

En la rueda, es una escena típica de América: la riña de gallos. En este cuento, sin opinar, Lillo deja en el ánimo del lector una reprobación para esa bárbara costumbre.

La barrena es una bizarra descripción de las luchas entre dos compañías mineras, y *Quilapán* es la dolorosa historia de un araucano despojado de su vivienda y su tierra por un hacendado influyente; cuando le intiman orden de abandonar lo suyo, el indio se rebela, pero lo enlazan y lo arrastran atado á la cincha de un caballo con la misma indiferencia con que se arrastra un madero. Quilapán muere de hambre y de dolor; al enterrarlo, el hacendado dice á un peón:

—*Cava un hoyo y tira esa carroña dentro... ¡Servirá para abonar la tierra!*

El cuento termina aquí.

Los otros relatan asuntos campestres con mucha soltura, naturalidad y plumadas de sana y valiente filosofía. Sólo encuentro un defecto á este libro, y es cierta inútil prolijidad detallista que se observa en todos los cuentos, y en algunos una innecesaria prolongación en el relato.

SAMUEL LILLO

Es Samuel Lillo, entre la nueva generación de poetas chilenos, indudablemente uno de los más notables; su último libro, «Canciones de Arauco», así nos lo hace creer, pues hay en él, á pesar de ciertas imperfecciones, asperezas y prosaísmos, mucha inspiración, mucha vida y sobre todo mucha originalidad.

«Canciones de Arauco» es un manojito espléndido de poemas cortos, por los cuales pasa un vigoroso viento de antigüedad salvaje y trágica ó de presente rudo y doloroso; entre los primeros merecen especial mención: «*El último cacique*», «*La epopeya de los cóndores*» y «*El triunfo de la selva*» en los que el alma indómita de los araucanos da á las poesías una majestad extraña que impone respeto; entre los segundos pueden figurar en primer término *El rey de Nahuelbuta*, *La mina abandonada* y *El palanquero* que tienen gritos de impotencia, lágrimas de derrota y retorcimientos de angustia ¡el progreso que pasa por las salvajes regiones araucanas, sembrando el dolor con mano pródiga!

El último cacique, como un rey destronado, abandona sus antiguos dominios que

...contemplaron las hazañas
inmortales de su grey

montado en fiel caballo en dirección á la gran Cordillera Andina.

Y al cruzar por la espesura
con su altanera apostura
y su cuerpo de titán,
creen los robles gigantes
que va pasando, como antes,
el fiero Canpolián.

La epopeya de los cóndores es una hermosa escena de la tierra indiana cuando los hombres disputaban el mendrugo á los fieros rapaces; hay mucho verismo y colorido en este poema.

El triunfo de la selva, es, además de una hermosa poesía llena de fluidez, un caso de intensificación con el ambiente, lo que prueba que Lillo no es sólo un buen poeta sino un perspicaz psicólogo.

De los otros tres poemas que he elegido para dar á conocer el alma de «Canciones de Arauco», *La mina abandonada* es con *El palanquero* los que encierran más corazón y visten mejor belleza. En el primero hay una magistral descripción de la mina que

Es el negro socavón,
en la falda del lomaje,
una herida sin vendaje,
expuesta al viento y al sol.

Y en el segundo la historia triste, monótona, trágica quizás de una vida que vegeta sin objeto, de un hombre-cosa, que

¡Olvidado de sí mismo
sin más mundo que aquel techo del vagón,
es un músculo de carne palpitante
que en el férrico organismo
del gigante
la miseria por su mano colocó!

Samuel Lillo, en este libro que respira á plenos pulmones el aire vivificante de las cumbres andinas y las pampas ardientes, no ha hecho solamente poesía agreste, no ha intentado pintar exclusivamente una faz de la vida salvaje; en «Canciones de Arauco» hay arte, un tanto anticuado tal vez, un poco áspero quizás, pero allí hay arte, y no solamente arte porque sí, amontonamientos de doraduras á fuego y con paciencia, sino un arte lleno de vida, de sentimiento, un arte con corazón y con alma que no puede detenerse á pulir una frase más ó menos prosaica, un símil poco exacto ó una palabra demasiado vulgar. Las pasiones salvajes, los cuadros agrestes no admiten rétoques, su belleza debe ser desnuda, sin oropeles de falsa pedrería ni marcos lujosos y cincelados. Podría sí, Samuel Lillo, haberse cuidado más de la técnica de sus versos, algunos de los cuales tienen defectos demasiado salientes para no ser notados en una simple lectura. A pesar de esto, su colección de poemas será quizás la mejor que se haya escrito en su género, pues creo que es difícil saber interpretar tan bien la multiforme y salvaje alma de las razas aborígenes.

En el año 1900 publicó «Poesías», hoy agotado, y en 1905 un poema titulado «Antes i hoy».

Además de poeta, Samuel Lillo es profesor de Derecho de Minas en la Universidad de Santiago. Con franqueza, aseguro que su libro y el de su hermano Baldomero, son las mejores obras que me han llegado de Chile.

ARISTODEMO LATTANZI

De la pintura en Chile, sólo conozco á algunos de sus cultores, entre ellos á Aristodemo Lattanzi, joven pintor que ya ha obtenido algunos triunfos.

Hubiera querido ocuparme antes de otro que, por tener una modalidad especial y ser un filósofo en los asuntos de sus cuadros, me llamaba la atención poderosamente, pero, á pesar de todos los esfuerzos que hice por acercarme á él sólo conseguí una mala fotografía de «En la Taberna» y algunos datos nebulosos sobre su vida bohemia.

Aristodemo Lattanzi es un pintor de tendencia opuesta á la de Benito Rebolledo, que es al que me refero más arriba. Conozco de él «Capricho», sin duda el mejor trabajo al óleo que haya salido de su pincel; «Querube», una hermosa cara inocente hecha con maestría y cariño; «Campesina napolitana», donde quizás el colorido sea demasiado débil y el asunto poco novedoso; «La santa faz», un ángel mostrando el mitológico manto de la Verónica, donde encuentro demasiado esfumada la cara del ángel y muy fuerte el paño con la cabeza impresionada; además, sus dos estudios «Mujer del pueblo» y «Un viejo».

«Capricho» es un hermoso cuadro, un tanto efectista, que recuerda á Rembrandt; el asunto, á pesar de su sencillez, se presta perfectamente para apreciar las dotes artísticas de Lattanzi. De un fondo oscuro donde se esfuman los contornos de la figura, surge una mujer indolentemente recostada, una luz acariciadora hace resaltar el rostro, los senos y los brazos, dando apenas una tonalidad más clara al vestido que la envuelve; en los ojos grandes y negros hay voluptuosidades dormidas que palpitan bajo los párpados semicerrados y en una boca que convida al beso; cuadro bien hecho éste, bastaría para reconocer á su autor como un verdadero artista.

«Campesina napolitana», no es más que una hermosa cabeza sonriente y graciosa que evoca los paisajes vesubianos donde en el verde jaspeado de los campos y el

azul sin mácula del cielo, se recorta la gallarda figura de esas napolitanas ardientes como la lava que hierve en las entrañas del volcán, soñadoras como los horizontes violáceos de mar y que son como las andaluzas de la bella Italia. El rostro refleja un alma hecha para el amor, y en los ojos y en la boca, Lattanzi ha puesto sensualismos inocentes, producto de la sangre ígnea que corre por sus venas y que no dan la impresión del vicio como la sonrisa lasciva de las cortesanas. El colorido, como he dicho ya, deja mucho que desear, no hay verdadera vida y hace creer en un esbozo inconcluso.

«Querube» es su nota sentimental; sin duda, Lattanzi, al pintar esa cara hermosa, llena de inocencia y de gracia, pensaba en algún rostro querido hundido en el polvo de los recuerdos de adolescente, cuando se ama más con el corazón que con los sentidos. En las pupilas levantadas al cielo, brilla la más pura de las miradas, y esa luz casi divina, da una inmovilidad extática á las facciones delicadas y perfectas.

«La santa faz» es quizás lo que ha hecho Lattanzi con menos cariño y parece más que el cuadro de un artista, la figura ornamental de un decorador religioso.

Sus dos estudios «Un viejo» y «Mujer del pueblo», son obras sin importancia, pincelazos de desocupado.

Como Aristodemo Lattanzi es joven, como trabaja, como estudia, tiene un porvenir artístico brillante. Los primeros ensayos de su pincel así lo aseguran.

LUIS ROBERTO BOZA

He hablado anteriormente y con motivo de un joven escritor argentino, de la influencia todavía poderosa que cierta literatura ejerce sobre la mentalidad en formación de los artistas hispanoamericanos. Algunos escritores no solamente franceses, sino también hijos de la América, se han erigido en ídolos para el público imberbe y en maestros para los aspirantes á literatos. La ampuosidad inmodesta de Vargas Vila, la técnica extravagante de su estilo y los temas que desarrolla en forma propia, han sugestionado á muchos principiantes y á otros que, como Pérez y Curis, dejaron há tiempo los andadores para caminar solos.

Luis Roberto Boza, una buena promesa para la literatura de Chile, es uno de los jóvenes escritores deslumbrados por la piroctenia vargasviliana, á lo menos así se deja ver en la serie de cuentos publicados y en un libro de ellos aparecido en Santiago hace algunos años bajo el título de *Rosas de pasión*.

La característica de todos los cuentos de Boza es un descuido rayano en el desprecio por los asuntos, la narración y la pintura de los personajes; dedica, en cambio, toda la sutileza de su talento en la elaboración de frases hinchadas, en hacer malabarismos de palabras sonoras, en perder tiempo para apuntillar los párrafos como si fueran enaguas de bailarina y en pegar afirmaciones como parches á cosa rota. *Rosas de pasión* encierra mucho de bueno, sobre todo en ciertos talentosos apuntes psicológicos que hablan con elocuencia del espíritu de observación de su autor, en la descripción de las escenas, generalmente doloridas ó semibárbaras; en unas, donde Boza es menos sincero para consigo, donde más se descubre la influencia de la literatura viciosa importada de París; en otras, donde el escritor abre su alma virgen como la tierra que le sustenta y nos da sus flores, exóticas sí, pero lozanas, de colorido puro y de aromas dulces. Los cuentos amorosos, con fiebres de histerismo, parecen, á través de la luminosa niebla de las palabras, cuadros de precio cubiertos de ricos tules que impiden gozar del trabajo genial del artista ó como her-

mosas mujeres enlutadas que apenas dejan adivinar la perfección de sus líneas tras los espesos crespones que la modas obligan á llevar y para explicar más claramente aun la naturaleza de este escritor, diré que es un caprichoso artista que pone más esmero en la confección del marco que ha de encuadrar á su obra que en la ejecución de la misma

Rosas de pasión, que llegóme de Santiago cuando en Mendoza trabajaba por la confraternidad intelectual de los hispanoamericanos, que es, por desgracia para todos, la única confraternidad posible en la actualidad, me causó, á pesar de todo lo antes dicho, una grata impresión, pues, en toda esa cháchara hueca no vi más que un deseo imitativo muy propio de los que aun no saben cuál es el camino que han de seguir y porque conocí que Roberto Boza era un talento lleno de promesas. Luego he leído en muchas revistas cuentos suyos que aun conservaban rastros de aquellos del libro del debutante, pero ya con una tendencia más humana; los espesos crespones de palabras no eran ya más que sutiles gasas que no afeaban ó desmerecían el valor del asunto á desarrollar, sino que le daba una encantadora é inocente coquetería, á veces muy á propósito para los temas y otras contrastando con ellos, pero siempre sin esa irritante exageración de que hace gala el autor de *Ibis*. He notado también que sus progresos en el manejo del diálogo, sobre el uso del cual hay muchas opiniones cuando del cuento se trata, han sido muchos y muy notables; en cambio, en mi opinión, su gusto selectivo sufre un decaimiento sensible, pues si había algo que me entusiasmaba en *Rosas de pasión* era la admirable selección de temas, todos ellos de sano interés y no exentos de cierta profunda filosofía, de esos al parecer nimios detalles de una vida, que son, muchas veces, ejes alrededor de los cuales se marcan aspiraciones grandes y pasiones fuertes.

Las últimas producciones que he leído de Luis Roberto Boza, son lo que podría llamar un artista del pincel, manchas de color. Si eso hace con el fin de fraccionar los ensayos literarios, es digno de aplauso, pero si es un género el que pretende crear, verdaderamente da muestras de tener poco tacto.

Bozas es uno de los jóvenes escritores de Chile que ha conseguido mejor hospitalidad en las numerosas publicaciones de la América hispana y, aunque su labor no es de las que se pueden llamar fecundas, su firma figura periódicamente en varias revistas literarias de Santiago, Buenos Aires y Montevideo.

Tiene talento, de él depende su triunfo ó su derrota.

LUIS EDMUNDO CHACON LORCA

En vano esperé cartas de Santiago de Chile; el amigo que se había acercado á mí empujado por el entusiasmo nacido á raíz de una iniciativa grande y generosa, dejó de enviarme sus amables misivas, y Luis Edmundo Chacón Lorca, uno de sus presentados que se había adherido con todo corazón á la idea, abandonó también su correspondencia y quedé desligado por completo con los representantes jóvenes del intelectualismo chileno. De Lorca, sin embargo, guardo un recuerdo: «Hojas dispersas», pequeño volumen de versos publicado hace cuatro años. Sé de él, además, que fué durante mucho tiempo redactor del importante diario *La Lei* y colaborador asiduo de muchas revistas literarias del continente.

Verdaderamente sensible es que los pocos datos me obliguen á tomar por base sus «Hojas dispersas» que parece ser el libro de un principiante sin personalidad.

El proemio dice bien lo que son sus versos, disculpa en mucho sus defectos y predispone bien al lector; *impresiones íntimas i, en general, demasiado subjetivas, allá van juntas hoy como fueron dispersas ayer... no buscan elogios ni piden benevolencia*. Eso dice Chacón Lorca de sus versos. No tengamos benevolencia, pues, ni prodiguemos inmerecidos elogios; y ya que no tenemos delante otros documentos informativos que su puñado de sinceridades rimadas, atengámonos á ellas para perfilar su personalidad literaria, aunque comprendo demasiado que no es suficiente material para ello.

Soy partidario ferviente de las innovaciones, de las valentías juveniles y hasta de los atrevimientos por más inverosímiles y extravagantes que sean, porque creo que es sano el deseo que anima á los ejecutores y porque opino que es buena toda tendencia reformativa, pero quiero que las innovaciones, las valentías y los atrevimientos no sean andrajosos mantos recubiertos de púrpura para cubrir incapacidades y esfumar defectos. Los modernistas han dado más fluidez al viejo soneto caste-

llano, han aflojado un tanto sus férreas cadenas y sin quitarle su verdadero valor le han hecho más á propósito para expresar el sentimiento. Todo esto se me ocurre decir ante un soneto, ó algo que quiere serlo, que al volver la primer hoja del libro de Lorca bajo el título de *Primera página*, encuentro.

En todas las páginas siguientes, los versos son de una inocencia primitiva, casi podría afirmar de una vulgaridad que desalienta, sin ideas, sin sentimientos verdaderamente sentidos, donde la forma es monótona y las figuras completamente viejas. *Al mar*, tiene, en algunas estrofas, lo que les falta á las anteriores producciones; se ve en ella la impresión de la grandiosidad:

¡Cuánto el alma se enerva contemplando
como al cielo te junta el litoral,
como bajan las nubes á besarte,
como asciendes, las nubes á besar!

En el libro hay también una valiente exposición filosófica sobre la Piedad, ese sentimiento que no sé si ha hecho mucho bien ó mal á la humanidad. Aunque no sea más que por esta simpática concepción que tiene Lorca acerca de ese sentimiento, merece transcripción:

Angel frío para el alma
do se anida la pasión,
flor inculca, seca palma
que no alegra ni da calma
al marchito corazón.

Melancólico sonido
de una lira destemplada
que ni un eco da perdido;
¡ay! de amor desvanecido
en las sombras de la nada.

Inodora siempre viva
de los valles del dolor;
hada tenue, pensativa,
nube vaga y fugitiva
en el cielo del amor.

Sentimiento que no hiera
porque ya no encierra nada;
por eso es «Lo que no muere»
el perpetuo miserere
de la vida amortajada.

Al final, tiene asuntos muy bien tratados en una prosa ávida, brillante, llena de realismo. Se destacan «La rosa de Jericó», «Idealidades», «Verlaineana» y «Tulipanes... Miosotis». Por ellas deduzco que Chacón Lorca

es un delicado y talentoso prosista, pero por sus versos, que es sólo un versificador sin méritos de ninguna clase y á quien aconseja mi estimación el abandono de la lira y de las musas.

Sé que goza de consideraciones como escritor y periodista en Chile, sé que su vida tiene bastante de la agitación de los luchadores que no tienen más armas que su talento y su pluma y sé también que tiene un corazón generoso y bueno. Por todo esto, porque el ambiente de América se hace cada día más propicio al desarrollo de las bellas letras, y porque espero que mi amigo sabrá elegir el camino más adecuado á sus condiciones, espero que también se le podrá contar entre los triunfadores de la nueva generación intelectual.

MIGUEL LUIS ROCUANT

En Montevideo, un día, hablando con algunos intelectuales jóvenes del Uruguay sobre la literatura de Chile y sus más sobresalientes cultivadores, se me nombró á Miguel Luis Rocuant como uno de los que forman en la vanguardia de la valiente falange de poetas que en el Nuevo Mundo dan brillo á las letras castellanas, y como me mostraran un primoroso tomo de este escritor, que bajo el título de *Poemas* acababa de publicar en Santiago, apunté su nombre entre los que pensaba leer para estas ligeras semblanzas.

Más adelante, cuando mi primera intentona para la publicación del *Album Artístico Hispanoamericano*, púsememe en contacto con él para que me prestase su valioso apoyo, cosa á que accedió con entusiasmo, debiéndole una buena parte de las numerosas adhesiones que para mi proyectada obra tuve de nuestros hermanos trasandinos. Con este motivo tuve ocasión de leer á mi candidato, fraccionada su labor literaria en numerosas publicaciones de Sur América; y esta lectura me convenció de que era muy merecida la fama de que goza en su país y en el extranjero como poeta de fecunda y brillante inspiración.

En *Las nuevas tendencias literarias*, Manuel Ugarte, que es un espíritu recto aunque á veces se deja llevar de su juvenil entusiasmo, no titubea en colocar á Rocuant entre uno de los mejores escritores de Chile y para probarlo transcribe un trozo del hermoso poema *Crepuscular* que es verdaderamente algo muy profundo y bello. Lo transcribiré á mi vez porque es el trozo que más lo merece.

Así ¡oh madre tierra! debe ser todo nieve
lo que guarda tu pecho cuando no se conmueve;
cuando, glacial é inerte, resistes al anhelo
de los pobres que buscan en tu lodo su cielo;
cuando no entregas nunca la flor, ni el fruto sano,
á ellos que sembraron, en los surcos el grano;
cuando pasar escuchas los ayes de sus penas
sin que apure su ritmo la sangre de tus venas,

y no impides que sigan por la existencia, presos de la miseria, todos los explotados, esos que deben ser tus hijos, á los que siempre lleva uncidos á su carro la triunfadora gleba; todos esos que duermen en tu mismo regazo cara á cara contigo y que en gélido abrazo, cuando muertos los tienes en el valle ó la sierra, bajo el lóbrego beso de tus labios de tierra, sin que nunca de donde su cuerpo se consume suba de las plegarias el íntimo perfume, ni inciense fresca rosa que fiel amor encarne si alguna no florece de su mísera carne...

Dejando á un lado la estructura artística de sus poesías, demasiado hermosas para explayarme en detalles elogiosos, tiene Rocuant una cualidad propia—no queriendo decir con esto que sea única,—propiedad que le acerca á los antiguos poetas hispanos. En casi todas sus poesías, después de tratar los asuntos á que consagra los versos, se recoge en sí mismo para aplicar á su estado de ánimo el alma de sus asuntos. En *El ensueño del árbol* está perfectamente dividida esta doble impresión, no así en *La caída de las hojas*, en donde hay un paréntesis filosófico puesto, no muy oportunamente, entre la hermosa y gráfica descripción que tiene rasgos tan felices como éste:

...tan levemente cae la luz sedosa y rubia,
que imita la ligera, la fugitiva lluvia
de los pétalos blancos de algún árbol en flor.

Sabe sentir hondamente y su exquisitez sensitiva llega hasta comprender los dolores de las cosas. *El ensueño del árbol* es una prueba de esto que digo; en este verso, que no es de sus mejores, interpreta admirablemente el alma vegetal, mejor dicho, la conciencia, en caso de que la tuvieran estos seres que según Henry de Varigni, sufren y gozan de parecida manera á los demás seres de la creación. Véase sino:

Y desde el tronco á la más alta fibra
dúctil, erecto y tembloroso queda,
soñando de que en él ondula y vibra
rumor de flores que la brisa enreda.
Mas, cuando el lento amanecer difunde
su tibia claridad, siente que el manto
de la soñada floración se funde
gota por gota en copioso llanto...

No conozco más fruto de su fecundidad que el ya citado libro de *Poemas*, si es que se puede llamar conocer el pasar la vista por las hojas, apenas deteniéndose en lo que más llama la atención, y además una infinidad

de poesías sueltas que engalanan á revistas del mérito de *Apolo*, por todas las cuales pasa un hálito de vitalidad conmovedora, apenas sombreada por tules grisáceos de pesimismo. Admirable paisajista, con su pluma consigue lo que ningún pintor con sus colores, pues no sólo describe sino que hace compenetrar con la naturaleza de sus inimitables perspectivas á todos los que saben leer sus brillantes rimas.

Creo que si tuviera más tacto en la colocación de los paréntesis filosóficos, á los que parece tan inclinado, y puliera ciertas asperezas que se notan en algunos consonantes, llegaría á ser el más delicado y al mismo tiempo profundo poeta de la tierra araucana.

GOSTA RICA

LISIMACO CHAVARRIA

A nuestra mesa de redacción en Buenos Aires—cuando cumplía en realidad mi dirección en la revista *Germen*,—llegaba puntualmente de Costa Rica una publicación semanal. Entre las demás de Centro América se distinguía por su admirable presentación y lo selecto de su material literario y científico, que hablaba muy alto en pro de la cultura de los costarricenses. *Páginas ilustradas* es la revista en cuestión y de ella tuve ocasión de ocuparme en *La Ilustración Andina*, para hacer resaltar las tendencias distintas que llevan los países latinoamericanos.

Entre los trabajos literarios que engalanaban las páginas de la revista centroamericana me llamaron mucho la atención las poesías firmadas por Lisímaco Chavarría, distintas de todas y con algo en ellas que me subyugaban; me entusiasmaron tanto que leía todas las que llegaban á mis manos insertas en publicaciones de América y España, siguiendo la carrera poética de su autor con el mismo interés que si de un amigo íntimo se tratase. En *Apolo*, de Montevideo, leí muchas y muy hermosas, que las tenía coleccionadas juntas con las aparecidas en *Páginas Ilustradas* y otras sueltas que había recortado de varias revistas con el objeto de ocuparme del poeta más adelante. Ahora que me propongo hacerlo, siento en el alma que los azares de mi bohemia me hayan obligado á separarme de esos preciosos datos; sin embargo, intentaré el esbozo, dejando para mejor ocasión un más profundo estudio de un poeta joven y lleno de vida, que se destaca como un árbol frondoso en la culta y hermosa Costa Rica.

Las poesías de este vate son una prueba más del vi-